



PRINCIPADO DE ASTURIAS
REAL INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS

MIGUEL ÁNGEL DE BLAS CORTINA

*TERRA ET SILVA: UNA LEVE APROXIMACIÓN
A LOS ORÍGENES DE LA VIDA AGROPECUARIA
EN LA ASTURIAS PREHISTÓRICA*

Discurso leído por el autor en el acto de su solemne recepción
académica el día 14 de marzo de 2013.

CONTESTACIÓN

por el

ILMO. SR. D. JUAN IGNACIO RUIZ DE LA PEÑA SOLAR



OVIEDO
2013

***TERRA ET SILVA: UNA LEVE APROXIMACIÓN
A LOS ORÍGENES DE LA VIDA AGROPECUARIA
EN LA ASTURIAS PREHISTÓRICA***

© Real Instituto de Estudios Asturianos
© Autor: Miguel Ángel de Blas Cortina
I.S.B.N.: 978-84-940373-6-8
D.L. AS 2.375-2013
Impresión: Asturgraf

PRINCIPADO DE ASTURIAS
REAL INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS

MIGUEL ÁNGEL DE BLAS CORTINA

TERRA ET SILVA: UNA LEVE APROXIMACIÓN
A LOS ORÍGENES DE LA VIDA AGROPECUARIA
EN LA ASTURIAS PREHISTÓRICA

Discurso leído por el autor en el acto de su solemne recepción
académica el día 14 de marzo de 2013.

CONTESTACIÓN

por el

ILMO. SR. D. JUAN IGNACIO RUIZ DE LA PEÑA SOLAR



OVIEDO
2013

Excelentísimo señor Director del Real Instituto de Estudios Asturianos; ilustres miembros de esta Corporación, señoras y señores:

Es la de hoy una ocasión para valerse del tópico, manido pero siempre renovado por la experiencia intransferible de cada cual, de lo breve de la vida, del estupor ante el acelerado transcurso del tiempo. En ese veloz discurrir de las cosas se yergue como hito de dolor cada desaparición de un buen amigo. Aquí, en esta sala, sentado en esta mesa, cómo silenciar el recuerdo entrañable de Juan Fernández-Tresguerres Velasco, quien nunca fue un mero colega, sino el cómplice intelectual de tantos años de risas, de intercambio de experiencias, lecturas y opiniones; también de algunas decepciones, especialmente deplorables por la gratuidad de su origen.

Este acto de ingreso en el reducido club de los individuos de número del RIDEA, consecuencia del empeño y apoyo de sus miembros, a quienes expreso mi gratitud, me retrotrae al ya con imágenes de color sepia otoño de 1967, siendo yo entonces estudiante de primer curso de Filosofía y Letras, a pocos metros de distancia de aquí, en el sobrio aunque alegre caserón renacentista de nuestra universidad.

Alguna de aquellas serenas tardes me olvidaba de las clases en el aula Clarín para acercarme a esta casa, cuando todavía la plaza de Porlier era una cuadrícula de césped, flanqueada por falsos plátanos y parterres con flores, disimulado su desnivel por la suave curva parabólica tendida desde la Audiencia hasta la calle de Mendizábal, un equilibrio sutil hoy canjeado por la aplicación de la ley de la horizontalidad y de las escaleras como secuela irremediable.

Era una plaza acogedora y animada por el continuo trasiego de los autobuses El Carbonero, que allí tenían su estación central; el permanente vaivén entre Oviedo y una entonces vital y dinámica cuenca media-alta del Nalón; El Carbonero en el que yo, con mi cuarta parte genética de San Martín del Rey Aurelio, viajé tantas veces.

Mis visitas al entonces IDEA, de 5 a 7, me permitían explorar su biblioteca, descubrir y leer libros y artículos sobre una Asturias que se me ofrecía diversa, extensa y llena de misterios, pasando de Vigil a Canella, de Carballo a Félix Aramburu y, en el camino, toparme con trabajos que desconocía del versátil Juan Uría Riu. Fue, sin tener clara conciencia de ello, un largo rito iniciático como umbral de una trayectoria poco a poco orientada a la investigación del pasado, finalmente de los opacos milenios preliterarios.

Compartí más de una vez la larga mesa de la sala de lectura con don Juan, quien vivía entonces su año 77, aunque nunca llegué a intercambiar con él otras palabras que las propias de un saludo breve y casi susurrado. No era Uría persona distante, y en sus gestos y movimientos resultaba amable y simpático. Allí estaba concentrado en la lectura de un viejo volumen, tomando notas con letra apretada en fichas de cartulina que sacaba del bolso de su abrigo, el excavador, junto con García y Bellido, del castro de Coaña, sin percatarse de ser observado con la misma devoción con la que yo por entonces podía escuchar en un disco de 33 revoluciones a unos *Beatles* en su cénit.

Pese a lo dicho, el objetivo de mi discurso no es el repaso nostálgico de mi primera juventud, sino la exposición de qué es lo que sabemos, casi debería decir, con más justicia, de cuanto ignoramos, sobre la época auro-ral de la vida campesina en Asturias.

Hace ya lustros que el lema “Asturias, paraíso natural” viene campan-do en todo acontecimiento encauzado a la exaltación, sin mayor compro-miso y coherencia, de las bondades de una tierra modelada por la sucesión de sierras y cordales, apretujados desde la cordillera Cantábrica hasta la ribera del océano.

Pero no es solamente la intrincada exuberancia orográfica, innegable-mente natural como consecuencia de los millones de años de conmo-ciones geológicas, la que inspirara el eslogan, sino esa Asturias de prados ani-mados por vacas de pastar sereno, de setos vivos, castañedos y pumaradas; la Asturias idílica de los óleos de Valle o Piñole, aunque sería injusto atri-buir en exclusiva a nuestros paisajistas el descubrimiento de la naturaleza artificial sostenida por el tesón campesino. No fue insensible Clarín, por ejemplo, a los encantos de un paraje en los valles de Carreño: “verde, mulli-do siempre con tupida hierba fresca, jugosa, oscura, aterciopelada y relu-ciente, empaquetado en verdura espesa de árboles infinitos y lozanos pra-dos”, escribiría en *Doña Berta*, relato de 1892. Sin embargo, la admiración a lo logrado por el hombre en nuestro país transmontano era ya patente cien años antes. El 28 de junio de 1782, día de gran calor, se detenía Jovellanos a orillas del río en San Andrés de Trubia, escuchando “las sono-

ras aguas a la sombra de un hermoso avellano”. Son, obviamente, palabras tomadas de su diario de viaje, experiencia bucólica culminada en arrebatado lírico: “¡Oh, naturaleza! ¡Qué desdichados son los que no pueden disfrutarte en estas augustísimas escenas, donde despliegas magníficamente tus bellezas y ostentas toda tu majestad!”.

Desgraciadamente, ese alabado “paraíso”, al menos su forma real, se encamina a la desaparición, muy reducidas ya por el implacable avance del bosque las extensas áreas clareadas siglo tras siglo, acabados los pastizales por el monte bajo, cerrados los caminos de uso milenario por la maleza, desdibujándose las sebes por la vitalidad casi tropical de la vegetación salvaje. Como triste paradoja, es el retorno a la naturaleza originaria, o acaso a una nueva versión del medio natural, lo que ahora se está produciendo; la extinción sin tregua de un paisaje al que con más rigor deberíamos haber calificado de cultural o, si se prefiere, antrópico, puesto que prados, pomares, pastizales y veredas son la consecuencia del empeño multimilenario de poner orden en el caos natural, de transformar el territorio según las conveniencias y necesidades de los humanos. Ante la mirada común, que apenas repara en algo más que en la gama cromática de los prados, se extingue la complejidad de un universo botánico en el que se distinguen hasta 87 tipos diferentes de pastizales y praderas, tal como no hace mucho nos explicaban en un preciso estudio Tomás Emilio Díaz y José Antonio Fernández Prieto. Extensiones abiertas de verdor forzadas en muchos lugares en lo que fueron previamente suelos forestales, implantado el herbaje mediante una acción constante de pastado, siega, fertilización y, a veces, riego.

La piel de nuestra tierra, desde la costa a las cumbres, es, en suma, una construcción histórica; una gesta reciente en el calendario de la evolución humana, incluso también muy cercana en la breve biografía del *Homo sapiens sapiens*.

Hace todavía 7.000 u 8.000 años, a una distancia de 280 a 320 generaciones, en Asturias, como en el resto de la región cantábrica, reinaba el bosque en progresión tras el inicio de la mejora térmica una vez cumplido el último episodio glacial. Más tarde, entre 8.000 y 3.000 años atrás, los estudios arqueobotánicos confirman el predominio entre los pólenes preservados de los correspondientes a especies arbóreas, hegemonía únicamente interrumpida por discretas perturbaciones, a veces de ámbito muy localizado. Son tales las circunstancias establecidas en el estudio palinológico de los sedimentos estratificados en el fondo de la ría de Villaviciosa, donde del 80 al 90% de los pólenes fechados por el radiocarbono en 5250-5010 a. de C. corresponden a variedades forestales, datos que nos permiten recrear una masa boscosa con robles (son también *Quercus* los que

por entonces dominaban en Muniellos, según el registro polínico en la turbera de Pena Velosa) y avellanos como protagonistas junto con otros mesófilos como fresnos, olmos, tilos y alisos, asentadas estas últimas especies en las zonas de baja altitud, en particular en los fondos de valle. Crecieron asimismo, aunque con discreción numérica, las hayas, siendo posterior su incremento, ya muy acentuado cerca de 1000 a. de C. Aclaremos que la notoriedad tardía de los hayedos no carece de significado, acaso en expansión como nuevos ocupantes de lo que previamente habían sido praderías; en otras palabras, implantándose los robustos caducifolios en suelos que habrían conocido tiempo antes el combate de los hombres contra el bosque. Vienen pues a insinuar en este caso las hayas una vieja gestión humana del medio natural.

Más explícita y detallada es la secuencia arqueobotánica obtenida en la turbera de la Cañada del Reguerón, en el Monte Areo. En aquel valioso relicto de cenagal es patente la abundancia del arbolado entre 8000 y 5500 antes del presente (milenios VI a IV a. de C.) en pleno óptimo climático del Holoceno. Robles y alisos habían arraigado en la sierra litoral a expensas de los abedulares en recesión. Otros indicios botánicos sugieren en el Reguerón ciertas condiciones de sequedad, acaso relacionadas con el ascenso de la temperatura, pero también con un cierto intrusismo antropogénico.

Podrían ser otros los datos movilizados para reforzar este breve y limitadísimo atisbo de la naturaleza vegetal alrededor, grosso modo, del 5000 a. de C. ¿Por qué, en todo caso, la elección de ese concreto referente cronológico?

Pues porque es probable que el año distinguido, o si se quiere, el tránsito entre los milenios VI a V a. de C., haya sido un tiempo trascendental en nuestra historia primitiva; precisamente el de la incorporación a los modos de subsistencia multimilenarios “los de carroñeo, recolección vegetal, caza y pesca” de formas *ex novo* de acopio de alimentos; la inauguración del primer ciclo, de dos a tres milenios de duración, de la vida campesina, de aceptación y paulatino desarrollo de la economía de producción, de la creación de los alimentos vegetales mediante la agricultura y de los animales a través de la ganadería; al cabo, la imposición de la técnica, de la previsión, del control del tiempo, de la comprensión inteligente de la fisiología vegetal y animal.

Cómo, cuándo y dónde se fueron sustanciando en Asturias esos conocimientos trascendentales, la acomodación del estatus neolítico del que, con todos los matices que se quiera, somos aún deudores, son cuestiones pendientes sobre las que no podemos más que tentar hoy una incierta aproximación recurriendo a enfoques de dispar naturaleza y claridad.

Apliquemos entonces el juicioso consejo de Descartes en su *Discurso del método* de dividir el problema en tantas partes como sea posible para que “al ser cada parte más fácil de concebir, el conjunto pueda volverse más inteligible”.

Despiecemos, pues, nuestra exposición:

1. El estado actual del conocimiento sobre la primera agricultura en la península apunta a la vertiente mediterránea, identificados los cereales más antiguos hacia 5600-5500 a. de C. en yacimientos valencianos y no mucho después, en torno a 5500-5300 a. de C., en los de Cataluña y Andalucía. Radica esa aproximación cronológica en las fechas C14 de los propios cereales supervivientes en los hábitats del primer estadio neolítico ibérico, consecuencia de la difusión del transformador modelo cultural a lo largo de la cuenca mediterránea desde los distintos hogares de invención en el Oriente Próximo. Ya península adentro, se remonta al lapso 5470-5080 a. de C. la antigüedad radiocarbónica de un grano de cereal de los colonizadores neolíticos del valle soriano de Ambrona, mientras que las datas para cereales indeterminados de la cueva segoviana de La Vaquera fueron de 5480-5320 y 5220-4790 a. de C. Así pues, parece, que hubo de ser durante la segunda mitad del VI milenio a. de C. cuando la vida campesina arrancara su andadura con una relativa celeridad en su expansión por el territorio peninsular.

Sin embargo, superada la cordillera Cantábrica, se nos ofrece en general el fenómeno agropecuario como retardado y de perfiles nebulosos. Los cereales de la cueva vizcaína de Kobaederra habrían sido cultivados entre 4359-3989 años a. de C., entre 4331-4055 los de la gruta en Pico Ramos, también en Vizcaya, mientras que en la caverna cántabra del Mirón se remonta el primer consumo de distintas variedades de trigo a 4457-4338 a. de C., apuntando todo ello a una época compartida alrededor de mediados del V milenio a. de C. Solo en un yacimiento se presume mayor antigüedad para el primario atisbo agrícola cantábrico, el enigmático asentamiento al aire libre de Erriko Barra, en la costa guipuzcoana, detectados pólenes de *Cerealia* en una época a caballo de los milenios VI y V a. de C. Muestras de otra naturaleza harían suponer una mayor precocidad de la práctica ganadera, según se desprende de la fecha C14, 5208-4779 a. de C. medida sobre huesos de ovicaprino en la cueva asimismo vizcaína de Arenaza.

Una rápida ojeada a Galicia nos descubre que son por ahora pólenes de cereal, no sus semillas, las pruebas recuperadas en varias turberas lucenses con fechas radiométricas de 4516-4056 a. de C. en la de Pena Veira, 4444-4241 a. de C. en la de Chan de Lamoso y 4142-3657

a. de C. en Server; en consecuencia, el uso campesino estaría implantándose al menos en la segunda mitad del milenio V antes de nuestra era.

En el caso asturiano no podemos disimular la decepción resultante de las excavaciones de las cuevas prehistóricas del curso medio del Nalón, en particular las del extraordinario abrigo de La Viña, sobre Manzaneda, en el concejo de Oviedo, o en las de la Cueva de Ferreros, en Les Segaes, en particular por su idónea ubicación. En ambos archivos arqueológicos, al igual que en las cavernas de La Lluera o de Las Caldas, los niveles holocénicos habían sido arrasados por la suma de factores naturales e históricos, —recordemos el bien probado uso de los sedimentos de la Cueva de la Paloma, en Las Regueras, como abono en las huertas y prados próximos a la gruta—, devastación que hizo desaparecer vestigios esenciales de la vida neolítica en uno de los valles más amables de la región. Ese mismo panorama es el que suelen ofrecer las cavernas, con copiosos rastros del pasado paleolítico, del ámbito calizo de la Asturias centro-oriental.

Es inevitable que ante tantas dificultades materiales sean por el momento las indagaciones arqueobotánicas las que nos vengam proporcionando las primeras pistas sobre la etapa paleoagraria regional. En el aludido escueto humedal de Monte Areo tendríamos la certeza de cultivos iniciales hacia 4700-4500 a. de C., y una constatación más firme en el mismo escenario en 4300-4200 a de C. Es, pues, defendible el que se deban a esos balbuceos agrícolas los vestigios de *Cerealia* detectados en la masa térrea del túmulo XII de Monte Areo, uno de los monumentos más antiguos de toda la franja marítima del norte de España, sin duda el de dataciones C14 más seguras, que llevan su erección a fines del V milenio a. de C. o, si se prefiere, a antes del 4000 a. de C. Lo señalado viene a establecer el hecho histórico de que la primera vida campesina en la cuenca central de Asturias y región de Peñas se habría desarrollado a lo largo de los tercios medio y último del V milenio a. de C.

No cabe, sin embargo, obviar nuestra dependencia de un registro paleobotánico muy exiguo y desigual, por lo que no es de extrañar que en los depósitos de la ría de Villaviciosa no aparezca la huella cereal hasta la zona 3 de la secuencia, un episodio que en términos culturales correspondería al ciclo final de la Edad del Bronce, en torno al 1000 a. de C. Hay, además, otros indicios de la acción campesina: las plantas ruderales como *Plantago* o pólenes de herbáceas de la familia *Chenopodiaceae* delatando el influjo antropogénico sobre el medio vegetal.

2. ¿De qué cereales primarios estamos hablando?

En nuestro imaginario asturiano pensaríamos inmediatamente en la escanda, *Triticum spelta*, citada ya en el *Chronicon Albeldense*, redactado

hacia 883, como una de las “cosas principales” de Hispania en tiempos de los godos (“*Hec erat precipua temporum Gotorum*”), la escanda con la que fueron pagadas las rentas a lo largo de la Edad Media, el cereal adaptado a suelos pobres, de escasa profundidad y, en particular, a climas fríos de lluvia frecuente y nevadas otoñales e invernales, lo que permitió su cultivo hasta los 1.300 metros de altitud en el Prau de Llagüezos, de Quirós, y de considerable presencia en las comarcas centrales y orientales de Asturias, tal como señalara Calisto Alvargonzález en el estudio publicado en 1908.

Sin embargo, la sufrida *spelta*, —un trigo de caracteres arcaicos al que los análisis biomoleculares (ADN) descubren como creación doméstica de hace 10.000 años en la región de Karaçadag (SE de Anatolia)—, aunque bien documentada durante el Neolítico en diferentes áreas de Europa (Neolítico TRB de Polonia, culturas de los Vasos de Boca Quadrata del norte de Italia, Chassense francés, etc.) solo aparecería aclimatada en las islas británicas durante el primer milenio a. de C., fecha también de su presencia primera en la Península Ibérica, identificada en nuestra latitud en el castro guipuzcoano de Intxur, mientras que en los poblados protohistóricos de la ría de Villaviciosa, por tanto en tiempos ya cercanos, parece que fue la escanda menor, el *Triticum dicoccum*, la variedad más antigua reconocida, junto con la avena y los guisantes, sumándose más tarde la cebada, el mijo y las habas, lo que revela en conjunto una diversidad agrícola que pone claramente en entredicho la versión estraboniana de los astures alimentados a base de bellotas y caza.

La dificultad esencial para establecer con nitidez la agricultura ancestral aquí sigue radicando en la falta de muestras útiles, en particular de los propios granos debidamente contextualizados en espacios domésticos. Los botánicos nos recuerdan además la autogamia de cereales como trigo, avena o cebada, especies que se autopolinizan, siendo muy reducida su dispersión por el viento: se ha llegado a precisar, tras los pertinentes controles, que el porcentaje de polen de cereal a 100 metros de distancia de una zona de cultivo del mismo apenas supera, cuando lo hace, un testimonial 1%. Tal vez esta apreciación nos ayude a comprender por qué la determinación en la región cantábrica de las variedades cultivadas durante el Neolítico más temprano es todavía tan incierta, basada en pocas muestras obtenidas en escuetos hábitats cavernarios. Sabemos, no obstante, de la identificación de cebada (*Hordeum vulgare*) y de escanda menor (*Triticum dicoccum*) en tres cuevas vascas, y de trigos desnudos (*Triticum durum* y *Triticum aestivum/durum*) en tierras de Santander, aunque la fuente se reduzca en este último territorio a la cueva de El Mirón, ubicada con una clara orientación hacia la Meseta; se constatan además en esta gruta cántabra algunos trigos vestidos (*Triticum monococcum* y *Triticum*

dicoccum) y la ausencia de cebada. Es en todo caso probable que en el ámbito ribereño del mar Cantábrico fueran más comunes los cereales vestidos por su mejor adaptación a las condiciones edáficas y climáticas reinantes.

3. Las modificaciones sufridas por el clima, alentando la presencia o falta de determinadas especies botánicas, pueden confundirnos, haciéndonos ver la mano del hombre donde únicamente habría operado la naturaleza. Hay, por el contrario, procesos vegetales que solo resultan justificables por la presión antrópica sobre el medio salvaje. Que en ciertos momentos se produzca la mengua brusca de los pólenes arbóreos al mismo tiempo que se expanden los brezales, siendo además detectados lo que los arqueobotánicos denominan palinomorfos (hongos, microrrestos de animales, esporas fúngicas y algales, etc.: nos referimos a especies como *Plantago*, *Asphodelus*, *Carduaea*), son acontecimientos que anuncian como segura la actividad cultural, el trabajo del hombre. Valga como simple dato aclaratorio que *Asphodelus*, una herbácea vivaz, progresa allí donde el bosque original sufrió incendios frecuentes, talas abusivas o sobreexplotación agraria.

Son de esa liviana naturaleza los datos por ahora tímidamente desvelados en los análisis polínicos de muestras sedimentarias del Valle de Lago y Lago Mayor, en Somiedo, este último a 1.570 metros de altitud, apreciándose en aquel término montañoso los primeros síntomas firmes de antropización hacia la primera mitad del V milenio a. de C., presión traducida en la merma del bosque de *Quercus* en simultaneidad con el acentuado incremento de brezos y matorrales.

En principio no tendría nada de extraña la antigüedad de la estancia humana en el piso subalpino si se atiende al hecho de que en la Marina central, de nuevo nos referimos al humedal de Monte Areo, se advierten los primeros indicadores antropogénicos hacia 7300 cal BP, o sea, segunda mitad del VI milenio, un episodio aún no agrícola pero en el que los pólenes arbóreos descienden del 90 al 50%, incrementándose la tasa de *Erica*, además de la aparición de diversos pólenes herbáceos como *Plantago lanceolata*, *Polygonium persicaria* o *Urtica dioica*. Esta última especie, la ortiga mayor, crece en suelos ricos en nitratos, adición química en gran parte debida a los detritos aportados por el hombre y sus ganados. Cabría considerar, en consecuencia, aunque con toda cautela, este episodio en la aludida sierra plana de la región de Peñas como un cierto síntoma de prácticas pastoriles y de la necesaria tala forestal para la apertura de pastizales. El carácter episódico de esta influencia supuestamente antropogénica queda de manifiesto por la subsiguiente recuperación del bosque antes

del primer capítulo agrícola, que, tal como ya indicamos, es un acontecimiento detectado entre 4700 y 4500 a. de C., llamativamente contemporáneo de las primeras huellas de actuación humana en los más altos parajes de la cordillera Cantábrica, presencia transformadora en la que hubo de cobrar un suficiente protagonismo el aprovechamiento ganadero.

Claro está que hubo visitas anteriores de grupos mesolíticos, en lo que suponemos fueron correrías cinegéticas, y en algún caso rituales como la que condujo a la entrega, en exposición aérea, de los cadáveres de dos varones adultos a una cueva de la Braña-Arintero, a 1.489 metros de altitud, no lejos de la vertiente leonesa del puerto de Vegarada, hecho fúnebre acontecido en el sexto milenio antes de Cristo.

4. Desde luego, la fuente testimonial de la realidad de las prácticas agrarias más común en la tradición arqueológica reside en la identificación y análisis del instrumental requerido por tareas tan específicas.

La semilla depositada en un agujero abierto en la tierra con un simple palo apuntado constituye la forma de siembra más elemental. Fue observado ese proceder en numerosas culturas primitivas del sur de África y en Australia, mientras que en América, el denominado “palo cavador” se mantuvo como el instrumento agrícola dominante en las altas culturas andinas. Hasta hace no mucho era un útil sin registro en la prehistoria ibérica, dada la dificultad de conservación a lo largo de milenios del ligero leño, salvo la concurrencia de circunstancias excepcionales. Pues bien, fueron tales las proporcionadas por los limos del lago gerundense de Bañolas, un medio anaeróbico que preservó hasta hoy una buena parte del instrumental de madera del poblado neolítico de La Draga, cuya existencia se remonta a 5300-5100 a. de C. Del temprano asentamiento campesino nos llegan varios de esos palos de duro boj, aperos que vienen a dar sentido a ciertos discos y esferoides de piedra, dotados de un orificio central, hallados en yacimientos del Neolítico antiguo valenciano. Es muy probable que las previamente enigmáticas piezas actuaran como contrapeso insertado en el palo agrícola para favorecer la apertura por rotación del hoyo cónico receptor de la simiente.

Aparecieron también en La Draga algunas de las hoces empleadas en la recolección de cereales; en esencia, un mango arqueado de madera en el que se incrustaban, formando el filo cortante, varios fragmentos de láminas de sílex, una solución instrumental también conservada extraordinariamente en los frecuentes yacimientos lacustres repartidos por el arco alpino.

Perduraron esa clase de útiles de siega hasta la Edad del Bronce y, lógicamente, lo que suele llegarnos de ellos hasta hoy son las piezas de sílex cuya función campesina se acredita por una brillante pátina habitual-

mente señalada como “lustre de cereal”. Ese brillo casi metálico, producido por la repetida corta de tallos vegetales, aparece también en hojas de sílex de cuidada confección y gran tamaño, hasta 11 centímetros de largo, descubiertas en el Casetón de la Era, un poblado agrícola vallisoletano del tercer milenio antes de Cristo. Inesperadamente, las hojas en causa cercanas técnica y formalmente a las grandes puntas solutrenses o a las cabezas de jabalina del Neolítico final y Edad del Cobre, tras el estudio de sus fracturas y desgastes de uso, resultaron ser piezas de trillo, muy parecidas en talla y proporciones a las láminas conocidas como cananeas y frecuentes en Irak, Siria o Turquía.

Montadas en su momento sobre algo cercano a una narria o trineo, el artefacto resultante hubo de ser necesariamente arrastrado por vacas. Así pues, el análisis traceológico, la observación e interpretación de las marcas de uso, condujo, en un mismo estudio, a la constatación del conocimiento hace 5000 años de una técnica agrícola mantenida hasta tiempos muy recientes y, a la vez, el uso del tiro animal como aprovechamiento extremo de lo que comenzó como una exclusiva fuente de carne, sangre, grasa, huesos, cuerno y piel.

Carecería de sentido la referencia castellana expuesta si no fuera por que tanto los singulares dentales de trillo, o los abundantísimos dientes de hoz en la Iberia seca, son inexistentes, salvo algún ejemplar, por otra parte incierto, en toda la extendida región cantábrica y Galicia.

Es posible que no hayamos sabido identificar indicios de aplicación en la siega en las láminas de sílex que, por ejemplo, aparecen en dólmenes asturianos del IV milenio a. de C. Las halladas en Monte Areo XV son un especial ejemplo de esa clase de ofrendas rituales. Láminas en sílex del mismo calibre y debidamente enmangadas conforman otra forma sumaria de hoz o, si se quiere, de cuchillo de siega, como los bien señalados en yacimientos litorales del Neolítico suizo. Cabe que nos planteemos si esa clase de láminas de sílex de calidad, pese a no ofrecer el característico lustre, no serían la alusión simbólica en el ámbito sepulcral a las de uso real, rotas por el trabajo, abandonadas y, por ahora, desconocidas.

En fin, todo parece encaminarnos aquí y en la Iberia húmeda hacia el utillaje campesino hecho de materiales perecederos. Es de entender que se preste escasa atención al recurso imprescindible a instrumentos de madera, hueso y cuerno, materiales que desaparecen en poco tiempo, una desatención animada por el principio de que no se habla de lo que no se sabe. Aun así, los arqueólogos somos conscientes de que una pieza de piedra, como ejemplo extremo los llamados microlitos, solo tiene sentido cuando se fija en un soporte, al igual que la barrita de lápiz solo es útil engastada en un tallo de otra materia que ayude a su manejo.

La atención a los usos de la madera nos lleva a recordar la punta de roble, para flecha o venablo, que, merced a su carbonización, desactivada la acción corruptora química y bacteriana, llegara hasta nosotros en el misterioso túmulo Monte Areo XII, erigido en el tercio postrero del V milenio a. de C. En consecuencia, si hubo armas de madera, ¿por qué no útiles de recolección de la misma materia? La búsqueda de una respuesta nos lleva otra vez a los cereales aquí implantados y a las técnicas tradicionales de su cultivo. Es razonable entonces que vengan a colación las humildes *mesorias* o *mesories*, pinzas de madera con que las que aún se arrancan en el campo astur las espigas de escanda; los raros aperos que Calisto Alvargonzález considerara inexistentes en otras áreas campesinas del viejo mundo y que provocaran el desprecio de fray Toribio de Santo Tomás y Pumarada, quien en su *Arte general de granjerías*, redactado entre 1711 y 1714, llegó a comentar la “vergüenza” de que se “diga en el mundo que con los palicos se cogen las miesses [sic] de Asturias”, recomendando la más digna, a su entender, hoz metálica de hoja curvada¹.

Pese a los prejuicios del aplicado dominico, la utilidad de las mesorias es indiscutible, una forma adaptada a condiciones bien concretas que, sabemos hoy, produjeron también artefactos similares en otras sociedades agrarias de Marruecos, Cáucaso e incluso Nepal.

Pero si, tal como señalamos, la escanda es un cultivo de tardía introducción, ¿cómo concederle algún crédito al uso de las *mesorias* en nuestra agricultura más remota? Quizá volviendo a considerar las especies de cereales que sabemos cultivadas desde el primer Neolítico y recordando entre tales al *Triticum dicocum*, un trigo vestido, bien adecuado a nuestra conformación ecológica y cuya colecta se acomoda con el sistema de las pinzas de madera, el proceder que tolera un ritmo de trabajo graduable, sin apuros gracias a las condiciones de humedad de una región montañosa y marítima, a diferencia de la urgencia en la recolección en regiones secas y receptoras de una fuerte insolación estival.

El *Triticum dicocum* ni se agosta ni pierde sus carióspsides, bien fijadas por sus glumas o cascarilla a la espiga compacta, que soporta sin desgranarse la presión y arrastre con los palos pareados, haciendo innecesaria la corta del tallo y, por tanto, el empleo de hoces o cuchillos cosechadores. Hay todavía otras opciones que el citado yacimiento catalán de La Draga

1 Pues los palicos de fray Toribio, pese a su modestia, seguían todavía en uso en los caseríos de los alrededores de Oviedo hasta, al menos, 1954, cuando aún se cultivaba la escanda. Debemos la información a varios paisanos de los lugares de Lúxido/LLosu y Paderni, sitios ambos en el término parroquial de San Esteban de las Cruces.

nos señala como probables: las hoces en una pieza única de madera de roble, de potente y pesada hoja curvada y de agudo filo, un tipo de utillaje putrescente que imaginamos sin dificultades en nuestra región, boscosa y de extensos robledales.

5. En la economía agrícola, la cosecha y el esfuerzo por su incremento buscan la seguridad alimenticia que después dependerá en gran medida de la capacidad de conservar lo producido. En el caso del grano, además de su tostado, es esencial su almacenamiento, operación que en ambientes secos se resuelve con la apertura de silos en el suelo. En el yacimiento vallisoletano de La Calderona, del tercer milenio a. de C., fueron varios centenares de silos los identificados en una superficie de menos de dos hectáreas, en distintos casos buscada su estanqueidad con revestimientos de barro, a veces mostrando huellas de cestería o siendo el recipiente una gran tinaja enterrada. Todo ello es reflejo evidente de una economía de incuestionable orientación cerealística, bien distinta de la imaginable en Asturias. Como contraste nada irrelevante, el único silo aquí reseñable en los primeros milenios campesinos se reduce al cúmulo de avellanas descubierto en la cueva cabraliega de Arangas, datado radiocarbónicamente hacia 1800-1700 a. de C., depósito que vendría a señalar la comprensible permanencia, por su valor nutritivo y fácil obtención, de una ancestral actividad recolectora. Es probable que con el almacenamiento tengan también que ver algunos grandes vasos hallados en la misma caverna de Cabrales y en otras del centro oriente regional atribuidas a las edades del Cobre y del Bronce, aunque sin la menor prueba tangible de su empleo como contenedores de grano. Si agricultura y alfarería son dos facetas de la técnica relacionadas desde el primer balbuceo campesino en Europa, tal vínculo es más vago en el Neolítico cantábrico, probablemente por el predominio de recipientes orgánicos, en buena medida de madera, cuestión que hace años nos ocupara a propósito de las conexiones entre los cuencos de madera tradicionales y las vajillas romanas de lujo.

En fin, si el silo no parece la solución más usual aquí —en toda la banda septentrional ibérica solo se puede consignar uno del poblado pontevedrés de Monte dos Remedios, de la segunda mitad del milenio V a. de C.—, tal vez lo fueran los contenedores aéreos. Un simple recipiente de varas y unos postes elevándolo del suelo componen una solución práctica y poco costosa que pudo haber antecedido al hórreo histórico, aunque sus huellas arqueológicas sean de difícil preservación o, de conservarse, identificación. Sin embargo, no podemos dejar de señalar que en los grabados rupestres de prerromanos de Valcamónica, en los Alpes italianos, aparecen esas construcciones aéreas, adecuadas a las condiciones de un territorio muy monta-

ñoso y de discreta vocación cerealística. Resuelto el asunto de uno u otro modo, el complejo engranado de las relaciones entre la capacidad de almacenar alimentos, el crecimiento demográfico, el sedentarismo progresivo y, al cabo, la desigualdad social, fue sugerentemente expuesto tiempos atrás por el antropólogo A. Testard, simplificados sus argumentos en la escueta definición del almacenamiento como un hecho de sesgo civilizador.

Pero no todo deben ser aproximaciones hipotéticas a hechos posibles aunque de impronta inexistente o desconocida. La vida neolítica implica el esfuerzo transgeneracional de mutar la naturaleza en paisaje, entendido este último como una conquista cultural. A la densidad de los bosques holocénicos solo pudieron enfrentarse las gentes neolíticas con una acción continua de roza y tala. Ya aludido más atrás el fuego deforestador, del derribo de árboles y uso de la madera pervive todavía un cuantioso reflejo instrumental. Lo constituyen las hojas piedra bien pulimentada, las “piedras de rayu” de nuestra tradición rural anclada en creencias ya establecidas en la cultura grecorromana y probablemente entre nuestros castreños de la Edad del Hierro. A este respecto, el testimonio no exclusivo del castro boalés de Pendia, en el que se guardaba una espléndida hoja de hacha de fina fibrolita, sin duda de origen neolítico, probaría la recuperación por gentes de la Edad del Hierro de reliquias arcanas de los ya por entonces misteriosos dólmenes. Son los útiles pulimentados aquellos que en una clasificación funcional distinguimos como hachas, azuelas, escoplos y gubias, aunque, si bien colectivamente tienen un seguro vínculo con la madera, serían las hachas, con las hojas de mayor tamaño, las directamente implicadas en el abatimiento de los árboles. El hacha ya desde el Neolítico vino siendo la enseña de la lucha contra el bosque, el instrumento generador de la que sería distinción clásica entre *terra* y *silva*.

Cuando se considera la biografía social de los objetos, les cabe a las hachas pulimentadas una especial atención, puesto que, tras su empleo primario, laboral, se tornaron objetos de diversa y simultánea intención simbólica, en todo caso alusiva a la vida campesina, al curso civilizador que el progreso de aquella significaría; piezas esenciales en la vida y acaso por ello también en el universo de ultratumba, resultando la ofrenda dominante en las tumbas dolménicas y en los sepulcros cavernarios.

Del carácter instrumental de la mayoría no caben dudas. Pese a la habitual dureza de las rocas empleadas para su confección, con frecuencia de génesis metamórfica, en todo caso materiales densos y pesados, son habituales las fracturas en los filos y también en el extremo opuesto, en el talón encajado en la mortaja abierta en un grueso mango arqueado; fracturas derivadas de la transmisión longitudinal a lo largo de la hoja pétrea del impacto en el filo. Muchas de las hachas de tamaños medio y

grande llegadas hasta nosotros ofrecen esas marcas de un trabajo que, sobre cualquier otra tarea, se debería a la corta de árboles.

Hay, no obstante, otras hojas pulimentadas de grandes dimensiones, de peso, tamaño y forma poco adecuadas para la corta, que se compadecen más con el útil campesino de labranza por excelencia, la azada. Quizá el más expresivo de los ejemplos sea la pieza procedente de Isongo, concejo de Cangas de Onís, hoy en el Museo Arqueológico de Asturias, de casi 30 centímetros de largo y de sección cuadrangular, mostrando claras roturas que parecen más imputables a trabajos de roturación que a la corta de leños.

La azada fue el instrumento universal para cavar, igualar el terreno, desraizar y abrir surcos en la pequeña agricultura recurriendo a la percusión lanzada como fórmula laboral dominante. Las históricas de hierro no dejan de ser más que la evolución de tipos primarios que, en forma de hojas pétreas talladas, se conocen desde el Missisipi preeuropeo, allí asociadas al cultivo de maíz, al Neolítico del SE asiático y el Japón, con una larga pervivencia hasta tiempos casi actuales en Formosa.

De la idealización prehistórica del esencial apero agrícola pensamos que es muestra excepcional la hoja hiperpulimentada, alargada y extraplana —el objeto que hoy se entendería como una creación artística—, descubierta en el también excepcional dolmen de la capilla de Santa Cruz, en Cangas de Onís.

Es coherente aquella hacha reliquia con la ubicación del dolmen en la terraza aluvial, donde confluyen los ríos Sella y Güeña, en el fondo más estricto del valle, donde hubo de alcanzar el bosque atlántico, en la primera mitad del IV milenio a. de C., su mayor densidad. La construcción del megalito singular fue, en sí misma, una acción civilizadora, con la apertura esforzada de un espacio de convocatoria, de decisión, de gestión económica, política y religiosa, condensado todo ello en un monumento funerario inteligible como la versión local, en la encrucijada de los caminos que unen el litoral oceánico y los Picos de Europa, de un cierto *umbilicus mundi* neolítico.

6. La experiencia arqueológica adquirida en los yacimientos neolíticos más tempranos, en especial en la vertiente mediterránea peninsular, también en el restante occidente europeo, prueba que agricultura y ganadería son sistemas productivos vinculados desde el inicio de la vida paleocampesina. Obviamente, el carácter alóctono de ambos recursos y su llegada hasta este extremo continental con fórmulas previamente experimentadas a lo largo de la cuenca mediterránea no propician la especulación de si en Asturias y en la región cantábrica fue antes la agricultura que la ganadería o a la inversa.

Sin embargo, dadas las características ecológicas de todo el sector septentrional español, la impresión de que la ganadería tuviera más fácil su adaptación que los cultivos resulta difícilmente rechazable. Desde luego, los datos actuales no permiten establecer dos tiempos distintos para el pastoreo y el empeño agrícola. Conviene además atender las características territoriales en su diversidad ecológica, por lo que es aceptable pensar en la más rápida aclimatación de los cultivos en el área litoral y valles a menor altitud que en los más elevados y en el ámbito montano, aunque en ambos espacios, de distinto modo, deberían hallar los ganados una fácil adaptación.

Como recordatorio abreviado, ya existían las primeras bestias resueltamente domésticas en el Próximo Oriente hace 10.500 años (c. 8500 a. de C.). Un milenio después (c. 7500 a. de C.) es ya segura la explotación de las mismas agrupadas en rebaños, un fenómeno cuajado en la Península Ibérica en torno, al menos, al 5500 a. de C. Pero es preciso tener presente, para puntualizar una vez más las dificultades con que tropieza la investigación arqueozoológica, que tanto cabra montés ibérica como rebeco, ambas especies salvajes, ofrecen una morfología esquelética muy parecida a la de los pequeños bóvidos domésticos; que costillas y vértebras no permiten grandes distinciones entre animales silvestres y los mutados por el hombre; que algunas especies pueden adoptar rasgos particulares tras procesos de acomodación a condiciones ambientales muy concretas. Por ello es justificable la inseguridad clasificatoria en tantos casos, acrecentada la incertidumbre cuando en gran parte de los yacimientos arqueológicos son pocos los restos conservados, además de hacerlo parcialmente, preservadas con frecuencia las piezas menos útiles para una correcta identificación.

Así pues, bien entrados en el siglo XXI no llegan a la media docena los yacimientos cantábricos que aporten alguna noticia sobre la cabaña ganadera más antigua, que en ningún caso va más allá del 5000 a. de C. Ya en un Neolítico avanzado, en la cueva vizcaína de Arenaza, corresponde el predominio de la cabaña ganadera a los ovicaprinos, seguidos de los bovinos, apareciendo el cerdo en el tercer escalón. Es esa misma jerarquía, la apreciada en la cueva de El Mirón, en Ramales, y también en la de los Gitanos, ambas cavernas en Cantabria. Es probable que en estos dos yacimientos troglodíticos dominara la oveja, papel principal repetido en Kobaederra, gruta próxima a Guernica.

Es además interesante observar la paulatina importancia que fue adquiriendo el ganado vacuno, siempre un copioso aporte de proteínas, en las postrimerías del Neolítico y en la siguiente Edad del Cobre, por tanto durante la segunda mitad del cuarto y a lo largo del tercer milenios antes de Cristo.

La composición de la cabaña ganadera y su transformación encuentran su razón de ser, más allá de las imposiciones ambientales, en la propia naturaleza de cada una de las especies. La frugalidad de la cabra, a veces aludida como “la vaca del pobre”, no impide su producción de leche, aun limitado el animal a una alimentación heteróclita y exigua. Su agilidad le permite alcanzar recursos nutritivos instalados en lugares inalcanzables para otras especies de rumiantes, adaptándose en poco tiempo a los cambios en la dieta impuestos por factores diversos como las variaciones climáticas y estacionales. Además, digieren mejor que vacas y ovejas la celulosa de los vegetales leñosos y de parca calidad nutritiva. Pueden comer, en suma, plantas arbustivas, matorrales y especies desaprovechadas por vacas y ovejas. Un estudio realizado en Alemania sobre sus hábitos alimenticios descubrió que, de 576 especies vegetales disponibles, llegaron a consumir las cabras 449, una proporción que explica categóricamente su extraordinaria versatilidad metabólica.

Cómo no imaginar, en definitiva, el papel destacado de los caprinos en la expansión neolítica por el contrastado territorio regional y, en particular, su presencia en la montaña hasta el escalón subalpino, mientras que las ovejas, de dieta mucho más selectiva, aprovecharían durante el verano la abundante producción forrajera de los puertos, propiciada por la humedad y las suaves temperaturas.

En todo caso, la cabaña ganadera inicial hubo de ser beneficiaria de los herbazales de lindero de bosque, diversos en especies y muy fecundos, en los que venían pastando los grandes herbívoros silvestres, conducta y recursos que no serían inadvertidos por los colonos neolíticos. En principio brotaron espontáneamente aquellos ricos pastizales, medrando donde la masa arbolada entraba en contacto con zonas no colonizadas forestalmente a causa de limitaciones diversas, entre las que predominaría la constitución de los suelos. Posteriormente, a medida que aumentaba la incidencia de los rebaños domésticos, hubo de producirse, ya bajo el influjo antropogénico, la diversidad de los prados, obviamente matizada por las particularidades edáficas y climáticas del biotopo donde se radican.

Si, en suma, las alteraciones botánicas con anterioridad al 4000 a. de C. apreciadas en las inmediaciones de las cumbres y en los parajes de montaña aludidos, siempre por encima de los 1.200 metros, fueran consecuencia del trasiego humano en aquellos altos parajes, es más que verosímil atribuir su autoría a los primeros pastores. Sin embargo, se resiste la constatación tangible de la primera cabaña doméstica por las razones atrás aludidas. Por ahora solo contamos con la seguridad de las cabras domésticas (*Capra hircus*) de los mineros prehistóricos empeñados en las explotaciones de cobre de la vertiente oriental de la sierra del Aramo. Las caracterís-

ticas cuernas, datadas por el radiocarbono en entre 2500 y 2000 a. de C., ilustran el grado extremo del aprovechamiento de los productivos rumiantes, utilizadas las pequeñas astas como cuñas para el arranque del mineral.

Sobre el ganado vacuno no es menos exigua la documentación arqueológica, aún reducida a algún hueso de *Bos taurus* de una covacha del concejo de Llanera, y no sabemos si vinculada a algún hábitat al aire libre. El bovino en cuestión yacía en un contexto incierto en el que, sin embargo, como constatación neolítica, fueron también recuperados un par de útiles de piedra pulimentada y algún fragmento de cerámica decorada y de cierta calidad material. Del colágeno de uno de esos huesos de vaca se obtuvo una fecha C14 que los llevaría al intervalo 3900-3580 a. de C., permitiéndonos entrever a los constructores de los no muy lejanos complejos monumentales funerarios neolíticos de Silvota de Bobes, Monte Areo y Monte Deva como propietarios de toros y vacas cuya alimentación a diente bien pudiera mantenerse a lo largo de todo el año en aquella comarca baja y cercana al litoral, aunque resulte dudoso, en la bonanza climática del primer tercio del IV milenio, su ascenso a la montaña en pos de un copioso forraje.

En la escasez de los restos relativos a espacios residenciales nada se puede decir aún del cerdo. Habría que avanzar hasta los pueblos fortificados para rastrear su presencia, a menudo insegura por su semejanza con los jabalíes, si bien es probable que la llamada “despensa estante”, el animal sin desperdicio alguno desde el morro al rabo, gozara de un merecido protagonismo propiciado por la abundancia de alimentos otorgada por un medio forestal pródigo en robles y otros *Quercus*. Aun así, no se puede disimular el hecho de que el ganado porcino, incluso en los siglos previos a la era, tuvo una importancia menor en los castros litorales del norte de Galicia, reinando en su cabaña ovejas y cabras, relegadas las vacas a un segundo término. Es ese mismo perfil pecuario el observado en los poblados de la Edad del Hierro en la cuenca del Duero, con el contraste de la mayor dedicación porcina en algunos asentamientos alaveses de la primera Edad del Hierro. Convengamos en que en los 7.000 años de presencia de los suidos domésticos al sur de los Pirineos, serían diversas, tanto espacial como temporalmente, las expectativas que generarían en los humanos, sin obviar su vocación sedentaria, no siempre compatible con el régimen de vida, en parte itinerante, de las sociedades campesinas más arcaicas.

7. La certeza de las prácticas ganaderas —en ocasiones apoyada en la identificación de microhongos coprófilos, vestigios específicos de la acumulación de estiércol, tal como se observa en la turbera de las Dueñas, Cudillero, en un momento previo al 2000 a. de C.— descubre una nueva

relación hombre-animal que deja de ser bipolar, cuando la caza era el vínculo, para hacerse tripolar, si se admite la expresión: pastor-rebaño-animal salvaje. Este último, aun siendo el ancestral proveedor de proteínas, se convierte además en un activo rival, un enemigo: el ciervo, por ejemplo, compitiendo por los pastos o destruyendo cultivos; el lobo, que ataca a cabras y ovejas; el pastor, en consecuencia, continuará siendo un cazador siempre al acecho, de manera que el principio cinegético, depredador, *mors tua, vita mia* se muda en la nueva óptica del ganadero en *vita tua, vita mea*.

Tiempo atrás proponíamos esa relación triangular a propósito del inesperado hallazgo de numerosos raspadores, prácticamente como tipo instrumental único, en el entorno del dolmen de la Collá Cimera, en Quirós, alto paso montano, entre el puerto de La Cobertoria y el murallón calizo del Aramo. La estancia prolongada, aunque temporal, de gentes en semejante lugar se explica por el beneficio estival de los pastos del piso subalpino. Los microraspadores allí abandonados a principios del cuarto milenio a. de C. solo pueden ser relacionados con tareas muy determinadas, en particular con la preparación de pieles. Pero la estampa del pastor sacrificando su rebaño en la montaña para, en última instancia, hacerse con sus cueros resulta disparatada. Serían, en consecuencia, pieles de bestias salvajes abatidas en la montaña durante la permanente vigilancia del rebaño las que en la Collá Cimera fueran trabajadas con un instrumental de antiquísima raigambre paleolítica. Nos descubren además aquellos modestos útiles la invocada conducta polivalente del pastor, basada parte de su subsistencia en un preciso conocimiento de la conducta y fisiología de los animales, de la favorable tendencia gregal de los herbívoros, y también de los atributos específicos del territorio en explotación, de su topografía, composición botánica y faunística, y de los avatares meteorológicos.

La vigilia pastoril de los neolíticos en las cumbres anima también la mirada hacia un producto tan esencial en el pastoreo como la leche. La de ovejas y cabras es indudable que fue rentabilizada ya desde el sexto milenio, y probablemente, dado el frecuente rechazo a la lactosa, se hiciera más asimilable consumida en forma de yogur y queso. Es cierto que la leche fue vista habitualmente, —bajo el prisma excluyente de la carne como objetivo, y también de la sangre, huesos, astas y piel—, como una modalidad económica tardía en la vida de las sociedades campesinas primitivas. Pero hace tiempo que los arqueozoólogos llamaron la atención sobre la avanzada edad de bastantes de los animales sacrificados —hablamos de caprinos y bovinos—, una longevidad inútil si no implicara la obtención de leche. Alcanza la observación de hechos semejantes desde fases neolíticas tempranas en el Oriente Próximo hasta yacimientos de la Francia mediterránea alrededor de 5200 a. de C., y tanto en la cabaña ovicaprina como en la vacuna.

A tal constatación se suma el hallazgo en numerosos yacimientos de un producto arqueológico que elimina cualquier duda: las encellas o queseras de barro, de larguísima vida, aún modeladas, entre otros, en el alfar de Llamas de Mouro en pleno siglo XX y no como la mera recreación de tipos antiguos. Algún poblado de la Edad del Cobre, en el tercer milenio a. de C., en la Meseta norte, confirma el firme vínculo entre huesos de vacuno viejo y queseras de arcilla, al cabo reflejo de técnicas mucho más antiguas experimentadas con ovejas y cabras. Pero la encella cerámica, el vaso de paredes perforadas por numerosos orificios, no es más que la versión mineral, más propia de un cierto vivir sedentario, de un modo productivo repetidamente resuelto con recipientes creados con materiales orgánicos. Las observaciones etnográficas en contextos culturales bien distintos registran la producción quesera con recipientes de piel, algo nada exótico en Asturias si recordamos el proceso de elaboración de los lácteos batida la leche en un odre, el *vexigu* o *vallicu*, hecho de piel de cabrito; un procedimiento sencillo y eficaz de aprovechar en la montaña los excedentes de leche propiciados por los nutritivos pastos de estío. El pellejo desollado requería en su conversión en odre de un activo raspado eliminando pelo, grasa y cualquier otra adherencia. Casi todos en Taranes, Ponga —según un expresivo documento del siglo XVIII—, seguían tal proceder durante las estancias veraniegas en los puertos, tradición pastoril aún mantenida a fines del siglo XX en los Picos de Europa y en la sierra del Aramo, entre otras zonas del centro-este regional.

Aparte, pues, de otros destinos para las pieles curtidas en el entorno del dolmen quirosano que citábamos, cómo rechazar la opción del odre pertinente, preparado con los raspadores líticos, para convertir la sobreproducción lechera en materia sólida y de fácil transporte al valle como inestimable alimento invernal.

En fin, la primitiva implantación ganadera resultó a la postre un factor esencial en la paulatina creación del paisaje humanizado, del universo de prados y pastizales que entendemos tan nuestros y que, perdóneseme la insistencia, constituyen una herencia mantenida desde el umbral del ciclo, aún tan cercano, civilizador. También, a la larga, estiércol y fuerza de trabajo se irían sumando a los beneficios aportados por la fauna socializada, incrementando la interrelación hombre-animal-territorio. Pero, en última alusión a la leche, cabe una sugerencia, discutible y por ello propuesta en tono menor: su consumo prehistórico para hacer más grata la ingesta de castañas, una forma de sustento de remota tradición extinta no hace mucho tiempo. Al cabo, tal vez no sea esta una idea desatinada cuando, frente a la creencia generalizada de su introducción en época romana, los estudios arqueobotánicos —de nuevo los de la turbera de las Dueñas

como muestra— descubren el autoctonismo milenario del castaño en la región formando parte, al igual que hoy, de los bosques planocaducifolios.

8. Frente al carácter esquivo de los materiales arqueobotánicos y de la parquedad del instrumental agrario, será la huella indiscutible de la acción humana la que mejor exprese el triunfo de la vida paleocampesina, neolítica, respetando la terminología inventada en el ya lejano siglo XIX.

Sustancian los signos aludidos el empeño arquitectónico ejecutado con manifiesta intención de permanencia a través del tiempo, quizá en un incierto anhelo de eternidad. Nos referimos, no podía ser de otro modo, a los túmulos de materiales incorruptibles como la piedra y la tierra, responden o no en su estructura y uso a la canónica tipología acogida a lo que conocemos como dólmenes o megalitos.

Ver en los túmulos simples montículos artificiales sin advertir su factura humana es ignorar que en la arquitectura, en este caso absolutamente primitiva, convergen los órdenes social y cultural; por tanto, factores económicos, políticos y religiosos. Como contraponiéndose al carácter contingente del hábitat ordinario, de las edificaciones domésticas, o al hábitat cavernario en la Asturias calcárea, los túmulos se declaran como la señal indeleble de la apropiación del territorio, de la colonización de espacios hasta entonces poco o nada habitados, a veces meramente de tránsito. Cómo entender que estos sumarios monumentos insertos en el ámbito geocultural, atlántico y nuclear del megalitismo europeo en desarrollo a partir del 4500 a. de C., signifiquen otra cosa que no sea la expresión voluntaria de la pujanza de las comunidades campesinas y de sus tensiones y disputas jurisdiccionales; que, en el mismo sentido, no constituyan una cartografía de la estructura territorial paso a paso establecida por pastores y labriegos de los milenios V y IV a. de Cristo. El ordenamiento espacial intuido de la repartición de túmulos y megalitos no es un rasgo secundario, sino central; no el resultado de la mera adaptación al medio, sino la expresión compleja de un sistema ideológico.

Son además la evidencia de que ganados y cultivos precisan de un amplio espacio, incluyendo tanto valles y tierras bajas como los altos cordales e incluso la antesala de las cumbres más vertiginosas. Son centenares los monumentos en forma externa de túmulo inventariados, una de las admirables contribuciones prospectivas de José Manuel González (1907-1977), quien fuera oficial mayor de este Instituto hasta sufrir la arbitrariedad que lo apartó para siempre del mismo. La regularidad, siempre relativa, de la distribución de aquellos edificios mayoritariamente neolíticos refleja la mudanza más indiscutible del medio natural en un universo humanizado, y quizá la rapidez del proceso, puesto que es probable que una buena propor-

ción de los monumentos aludidos fueran edificados en un período de medio milenio centrado alrededor de 4000-3500 a. de C. Las primeras alteraciones antropogénicas que señalábamos en la montaña de Somiedo son coherentes con la pronta aparición de los túmulos en las líneas de cumbres. Los dólmenes clásicos, túmulos dotados de una inconfundible cámara sepulcral construida por unas cuantas lastras, estaban ya en pie en los primeros siglos del IV milenio en La Cobertoria a altitudes de 1.300 metros, y nada tendría de extraño que fueran contemporáneos de estos de Quirós otros túmulos erigidos en los Picos de Europa, obviando por irrelevante su actual inserción en el mapa transprovincial, en cotas de 1.500 a 1.800 metros.

Ciertos dólmenes asturianos de gran porte, como la Llastra da Filadoira, de Entrerríos, y la Tumba del Castellín, ambos en la occidental sierra de Carondio, o el de la Campa San Juan, en Salas, se ubican en altos enclaves montañosos que nunca entenderíamos como escenarios de la vida cotidiana y que deben de responder a una política implacable de anotación jurisdiccional del territorio, desde aquel con los suelos más idóneos para la práctica cerealística hasta las áreas forestales, fuentes permanentes de caza y recolección, y los extensos pastizales de las envejecidas sierras de la Asturias herciniana.

No tendría sentido que aquí me extendiera en detalle sobre la confluencia entre los impulsos de apropiación espacial, de defensa del territorio propio frente a otros competidores, y las elaboraciones ideológicas del culto a los muertos, a los antepasados causantes de toda existencia posterior; en definitiva, los propietarios ancestrales que legitiman con sus tumbas toda posesión física. Túmulos de tipología diversa y vida agropecuaria primigenia son facetas del mismo cosmos cultural neolítico en el que los cambios serían no solo sociales, políticos, sino también espirituales.

Con esa perspectiva polifacética se haría inteligible la rareza del túmulo XII de Monte Areo: una verosímil cabaña de troncos de roble quemada intencionalmente y soterrada por el falso montículo de tierra. La hipótesis de la casa de los muertos, de la transposición funeraria de la morada de los vivos, resulta plausible. Acaso también que el rito de la destrucción mediante el fuego de la pieza nuclear de la vida doméstica provenga de imperativos rituales de purificación, una circunstancia hoy ya apenas desconcertante cuando el incendio premeditado de las casas se produjo tanto en el Neolítico del sureste europeo como en el de Irlanda. En ámbitos tan distantes y diferentes fue justificado ese reiterado comportamiento como el acto ritual de reafirmación de los derechos de las comunidades agrarias más antiguas, recreando en el mismo a través del ciclo de creación, uso y destrucción de la casa las relaciones vida-muerte y la renovación, preservación y purificación de lo poseído.

Sea como fuere, más allá de toda especulación sobre el significado subyacente a esa conducta incendiaria, se yergue la constatación arqueológica de su realidad, del mismo modo que sabemos que en algún asentamiento de la Edad del Cobre de la cercana Castilla la Vieja se produjo el desmantelamiento injustificado de las casas, enterrados después los escombros, con manifiesto cuidado, en los fosos delimitadores del poblado.

Pero volviendo a Monte Areo XII, su alta cronología de fines del V milenio a. de C. es la que, tal como ya vimos, corresponde en su mismo marco físico al primer ciclo agrícola. La relación entre existencia campesina y túmulos se reafirma en otro temprano, Monte Areo VI, repetición de circunstancias que se podría interpretar como la verosímil secuencia de dos acontecimientos: primero, Areo y su entorno como escenario de prácticas agrarias en los tercios medio y final del V milenio, que, posteriormente, el deseo de apropiación de aquel territorio explotado durante generaciones se consumara con la edificación de las grandes tumbas de los colonizadores agrarios, de los túmulos emisores en su naturaleza polisémica de un irrefutable mensaje de posesión.

Acaso también una agricultura itinerante colaborara, con su necesidad de nuevos espacios, en la generalización de los monumentos funerarios y su manifiesta ubicuidad. Obviamente, las edificaciones con forma de túmulo no responden a una exclusiva delimitación microespacial; en bastantes casos demarcarían territorios de cierta amplitud, generando al mismo tiempo la primera red caminera que conozcamos y también las primeras fronteras bien dibujadas. A este respecto es muy sugerente el gran túmulo de la Viciella, en la costa de Caravia, emplazado en la orilla marina y contiguo a la desembocadura del Río de los Romeros, materializando lo que fue un dolmen típico, en su volumen y soledad, como un poderoso hito asociado a una nítida ruptura del andén costero.

De aglutinante político en otra frontera natural tratábamos más atrás al extraordinario dolmen de Cangas de Onís, mientras que ciertas asimetrías en la repartición de dólmenes y túmulos no pueden ser explicadas más que como reflejo del ordenamiento poblacional y de la demarcación de las áreas de dominio que ello implica. Un caso notable es el de la Sierra Plana de La Borbolla, en Llanes, donde la concentración de más de medio centenar de túmulos —la más cuantiosa en todo el tramo central de la costa cantábrica—, parece impelida por el anhelo de estar presentes los diferentes grupos sociales habitantes de un amplio territorio en la sierra consagrada por la roca de veneración transmilenaria que todavía hoy conocemos con el enigmático topónimo de Peña Tú. Quizá fueran relaciones de esta misma cualidad las existentes entre el Penedo de Aballón, en Boal —uno de esos bloques graníticos oscilantes, mero fenómeno erosivo

aunque tradicionalmente interpretado como obra de una arcana humanidad—, y la rica necrópolis megalítica de la sierra de Penouta donde aflora la inquietante roca.

La idea de confín de biotopos dotados de distintas posibilidades económicas, de charnela de ámbitos de diferente relación entre hombres y recursos, nos indujo a concebir la difícilmente justificable ubicación por causas ordinarias de una extraordinaria vasija decorada, de autoría neolítica, en una foz del río Valle, en Piloña, en la angostura que conecta y separa el valle bajo, ámbito más doméstico, de la montaña de enérgicas vertientes, fuente de recursos cinegéticos y vegetales, además de ofrecer los codiciados pastos de estío.

Esa insinuación de arcanas fronteras se vislumbra también en el cauce esencial, como eje de tránsito, del río Piloña, en el estrangulamiento del valle al oeste de Infiesto, precedido y vigilado por el dolmen de Coya y los túmulos de monte Migoya, situados en ambas orillas. Tal vez el confín vislumbrado, de intención plural, guardara alguna relación con el control de los núcleos de sílex cretácico, la más habitual entre las rocas selectas de la prehistoria regional, cuya mejor cantera es el propio río; no en vano figura el sílex piloñés como instrumento-ofrenda en los megalitos de la costa de Gijón y región de Peñas y en los más recónditos y montaraces de Quirós y Lena.

* * *

En fin, he procedido hasta aquí, bajo la exhortación cartesiana, a desmenuzar el problema, si bien consciente de que tal vez de la explicación de las partes no se induzca la pretendida mejor comprensión de la totalidad. El dilema de partida sigue siendo por qué nuestros remotos antepasados decidieron adoptar la vida campesina, qué los condujo a la permanente atención a los rebaños, a unirse a la tierra con el trabajo anualmente repetido, a vivir con el temor a la lluvia excesiva, a la sequía, a las plagas vegetales y pestes animales, al hambre después de tanto trabajo. Puesto que, como señalara lúcidamente en 1870 Sebastian Mortier, “el grano que alimenta al hombre es además su verdugo”, ¿no habría sido más razonable permanecer en la fragilidad, al cabo más cómoda, de una economía de caza y acopio de los frutos de la tierra y del mar?

En una búsqueda de respuesta, solo en la búsqueda, algo hemos progresado, aunque no mucho. Desde luego, ya no pensamos, como lo hiciera Jovellanos en una de sus cartas a Ponz, fechada en 1872, que los romanos no solo conquistaron Asturias, sino que sus habitantes (y, por extensión, los restantes pueblos de la Hispania septentrional) habrían aprendido de ellos la “agricultura y las artes domésticas”. Obviamente, la posibilidad indagato-

ria básica en aquella época era lingüística: muchos de los términos asturianos relativos al cultivo de la tierra tenían su origen en el latín; sirva de referencia el propio término *mesories*, de *messis-is* (siega), siendo *messor-oris* el segador. No se imaginaba el célebre ilustrado una vida campesina anterior a Roma, inadvertiendo que ya antes del año 7 a. de C. había señalado Estrabón que astures, cántabros y vascones no le hacían ascos al *zythos*, una especie de cerveza o brebaje alcohólico necesariamente obtenido de la fermentación de cereales como la cebada o el trigo. No puede, fuera cual fuese su origen, sorprendernos una forma de consumo del alcohol ya atestiguada muchos siglos antes, durante el tercer milenio antes de Cristo, en Cataluña y las dos Castillas, siempre como libación en el ceremonial fúnebre de las sociedades metalúrgicas aludidas con el rótulo genérico de campaniformes. Es inevitable la tentación de conjeturar sobre el uso de la cerveza por los prospectores del cobre del Aramo si se tiene en cuenta que los característicos vasos cerámicos acampanados, los primeros de los que sabemos en Asturias, aparecieron recientemente al exterior de las labores mineras, asociados a vestigios del trabajo metalúrgico.

Tampoco llegó a sospechar el patricio gijonés que en Monte Areo —la Campa Torres a poniente de la bahía de Gijón es el tramo último de aquella sierra plana—, guardara testimonios de una actividad agrícola mucho más remota, real miles de años antes de que existiera Roma. La alusión aquí a Monte Areo, una vez más, no es indebida. Precisamente a aquella baja sierra litoral se referiría en una carta, desde su destierro en Mallorca, al historiador candasín González de Posada. En el monte en causa, repartido entre los concejos de Carreño y Gijón, había observado Posada la presencia de algunas *mammulas* o montículos de piedras y tierras, edificaciones que supuso, acertadamente, eran de época muy antigua. Compartía Jovellanos la misma impresión, señalándole al erudito de Candás que probablemente fueran viejas tumbas. Hablaban, claro está, de los túmulos y megalitos inéditos hasta finales del siglo XX y solo explicados en su naturaleza y cronología tras las excavaciones arqueológicas que allí pude realizar desde 1991 a 1997.

Pues bien, la cuestión del alba de la subsistencia agropecuaria en Asturias se inscribe en el amplio marco de lo acontecido para la aceptación neolítica en el extremo sudoccidental de Europa y en la fachada atlántica del continente. Como en todo fenómeno, natural o histórico, la constatación de su realidad es mucho más accesible que el conocimiento de las causas desencadenantes del mismo. En otras palabras, cuando hay dólmenes, tal como comentaba, tenemos la certeza de la agricultura; también cuando disponemos de pólenes o granos de cereal, debidamente fechados por el socorrido carbono 14, se puede hablar de cultivos. Pero todo ello

no explica la brusca sustitución de la forma de vida seguida desde sus orígenes por la humanidad, culminada en las últimas decenas de miles de años por el perfeccionamiento de las técnicas de caza.

Con la información actual podemos tomar el 5000 a. de C., *grosso modo*, como referencia para estos cambios; entre 5000 y 4000 a. de C. transcurrió el óptimo ambiental holocénico. Fue un período de extensión de los robledales, de expansión de olmos, avellanos, en fin, de las diversas especies mesófilas favorecidas por la bonanza térmica prolongada durante milenio y medio hasta que hacia 3500 a. de C. comenzara un nuevo ciclo de aridez climática.

Hasta ese mismo tiempo de referencia vivían en Asturias —el asunto se documenta especialmente en las cuevas y abrigos de la Marina oriental, con indicios en la rías de Villaviciosa y Avilés, en la comarca de Cabo Peñas y en la desembocadura del río Piles—, las poblaciones mesolíticas, en general bastante desdibujadas. La hipótesis aceptada es su vínculo dominante con la ribera marítima, su vida recolectora y venatoria, complementada por una intensa actividad marisquera. Paradójicamente, su más detallada imagen proviene, sin embargo, de ciertos mesolíticos que explotaban las montuosidades y valles interiores de lo que hoy es Cabrales, algunos de los cuales, afortunados en su trato post mórtem, fueron enterrados en la Cueva de Los Canes, cerca de Arangas.

En tal contexto de clima grato, con la abundancia de alimentos aportados por el fructuoso bosque atlántico, con una extensa línea de costa explotable, con tantas corrientes fluviales de segura copiosidad piscícola, con una prodigalidad faunística desde la rasa costera hasta el intrincado escenario de los valles y cordales prolongados hasta la cordillera Cantábrica, cuya mantenida realidad se desprende de la documentación de todas las épocas históricas, hasta las más recientes, ¿cómo exponerse entonces a los albures de la subsistencia agropecuaria?

La respuesta clásica señala a la crisis alimenticia sobrevenida por factores diversos, entre los que jugarían preferentemente el agotamiento de los recursos naturales, carencia impelida por rápidas mutaciones ambientales, situaciones de hambruna prolongada como las que Europa conociera tantas veces con las brutales oscilaciones de la temperatura entre los siglos XIV y XIX en el transcurso de la denominada “Pequeña Edad del Hielo”. Y acaso esa mengua acuciante de los recursos vegetales y animales aconteciera tras una época de excesivo crecimiento de la población. Pero cómo conciliar todos esos condicionantes negativos con la bonanza ambiental que señalaba, y con la rareza de los yacimientos arqueológicos de esa época, rareza contradictoria con un ciclo de incontenida presión demográfica. El extenso sector regional entre el Nalón y el Eo es todavía

un desierto mesolítico, quizá porque no hayamos sabido identificar las huellas de aquellos milenios y siglos críticos, pero, en todo caso, se nos ofrece como un vacío inaceptable, como tampoco podríamos admitir en sentido contrario una sobrepoblación castigada por el hambre.

La que hubo de ser rápida difusión del hábito de elevar túmulos y megalitos en torno al 4000 a. de C. es muestra de activos humanos suficientes actuando desde el litoral hasta la cordillera Cantábrica. Excluida, por injustificable, una sistemática inmigración de grupos humanos llegados de sabe Dios dónde, el único argumento que da sentido al triunfo de las frecuentes y repartidas necrópolis neolíticas es la existencia de un poblamiento previo igualmente generalizado y ahora visible no por sus viviendas, sino por la durabilidad de sus tumbas.

El paisaje cultural dibujado por dólmenes y túmulos se concilia bien, como hemos propuesto, con el modelo agrario primitivo de roza y fuego, con la movilidad campesina y con la necesidad de precisar la propiedad del territorio explotable frente a competidores advenedizos. En definitiva, es el proceso de colonización agraria de todo el ámbito regional el que está en marcha a partir de 4000 a. de C. A falta de otras razones, cabría pensar que la primera agricultura se debiera a la simple imitación, a la importación primera de cereales como curiosidad exótica solo al alcance de algunos.

Obviamente, la circulación de grano mediante las redes mesolíticas de trueque es tan probable como la distribución de determinadas calidades de piedra, fenómeno bien probado arqueológicamente. El intercambio forma parte de una elemental estructura política que favorece la transmisión de bienes y procura el mantenimiento de las conexiones intersociales. Los cereales constituirían un alimento nuevo y prestigiado como todo lo que se ansía y no se sabe crear. La conducta de sociedades primitivas actuales nos enseña cómo en diversas ocasiones se cultivan especies para un consumo especial, muy apreciado, al margen de la dieta ordinaria. Acaso tras la novedad de las extrañas plantas comestibles llegara también la experiencia aprendida, la técnica de su cultivo, incluso ya con el conocimiento de qué clase de granos respondían mejor a las características edáficas y ambientales de Asturias.

Tal vez fuera ese el caso de los primeros cultivos que hacia el 4700 a de C. se acometieran en Monte Areo: una agricultura inicial como expresión del estatus de sus autores, de su saber técnico, asombroso para otros, capaz de crear alimentos nuevos, desconocidos, sabrosos y con distintas posibilidades de elaboración, desde gachas a tortas, y, por qué no, de la forma más primaria de pastelería uniendo cereales, miel y frutos del bosque. Sería esta una hipótesis extravagante si ignoráramos que la expresiva

arqueología de los lagos alpinos nos ilustra, en el tan señalado V milenio, del consumo de un pan muy parecido al de los campesinos centroeuropeos en tiempos aún recientes e, incluso, de alguna forma de repostería neolítica jugando con frambuesas y bayas de saúco.

El proceso de asimilación de cultivos y ganados hubo de requerir un tiempo, y el fracaso, la pérdida de la cosecha, se produciría con una desalentadora frecuencia. Finalmente, la curiosidad por lo nuevo, el prestigio exhibido por los primeros cultivadores, el exotismo de un nuevo alimento deberían de haber sido barridos por la realidad de la dureza y precariedad de la vida agraria. Sin embargo, el universo paleocampesino fue alzando el vuelo pese a las dificultades. ¿Solamente porque los cereales pueden, cuando el año es bueno, aportar una gran reserva de alimento, o porque resisten, debidamente almacenados, bastante tiempo sin perder sus cualidades?

Es probable que las redes de intercambio a las que aludíamos fueran generando procesos de alteración de las bases ordinarias de vida de las poblaciones afectadas. Expliquémonos: quien recibe grano deberá cambiarlo por algo de lo que carezca el campesino proveedor; imaginemos un determinado tipo de piel animal (las modificaciones en las preferencias de la peletería neolítica y posterior es conocida arqueológicamente). Satisfacer el encargo puede conducir, en una práctica repetida del trueque, al cambio de los hábitos de subsistencia del cazador, empujado gradualmente a una especialización ajena a sus intereses generales. En otras palabras, el contacto entre modos diversos de vida suele implicar cambios por aculturación en quien proviene de un horizonte cultural menos evolucionado. Esa mutación sin retorno se produjo al sur de los Pirineos desde mediados del VI milenio, arrastrando a los cazadores recolectores hacia la agricultura y el pastoreo. Siglos después —y el tiempo dirá si ese retraso es solo fruto de nuestra actual ignorancia—, el cambio fue arraigando en la región cantábrica; mucho más rápidamente tendría lugar la adopción de la subsistencia agropecuaria en la meseta Norte.

¿Hubo resistencia cantábrica al *modus* rústico de vida, o solamente una paulatina pero obligada aceptación quizá auxiliada por las condiciones climáticas favorables entre el 5000 y el 3500 a. de C.? Es natural la complejidad del proceso y que las formas de asimilación neolítica dieran lugar a modalidades contrastadas, a formas de vida imbuidas por las tradiciones de la economía depredatoria, y a soluciones especializadas como la ganadería en régimen de transterminancia que justificaría las tempranas huellas de antropización descubiertas en el dominio de las cumbres.

Cómo negar visos de realidad a una estampa similar a la que ya Graham Clark propusiera hace decenios para escenificar su idea de la

aclimatación del Neolítico en la Europa atlántica: la de un tiempo en el que las columnas de humo ascendían en Asturias desde los bosques incendiados. Las quemas que en verano reducían el abigarramiento forestal al mismo tiempo que proporcionaban cenizas, el abono potásico que las lluvias otoñales iban a dispersar nutriendo los suelos vírgenes. Esa “economía de incendio”, la *Brandwirtschaft* de los autores germánicos, tuvo larga vigencia en la Europa moderna. Descrita por Linneo en su viaje de 1741 a la isla sueca de Öland, era habitual desde la Carelia ruso-finesa a la Prusia oriental y el Volga, mientras que los pioneros del Ontario meridional la fueron aplicando, en seguimiento de la transmilenaria experiencia europea, a partir del siglo XVIII en su combate contra el inmenso bosque caducifolio, empeño que pronto convirtió a la región canadiense en uno de los mayores graneros del mundo. Del triste espectáculo de los árboles destruidos por el fuego escribiría Charles Dickens en sus *American Notes* de 1880, impresionado por alguno de aquellos gigantes carbonizados, llegando a fantasear, alzadas al cielo las ramas consumidas, el gesto de maldición a sus agresores.

No se nos ocurre cómo negarles ese *modus operandi* a nuestros embrionarios colonos neolíticos —sin descartar que un buen conocimiento de las especies forestales les llevara a identificar los suelos más fértiles—, cuando los incendios con fines agrícolas se realizaban aquí en tiempos muy recientes —eran los *forniellos* o quemas de maleza que recomendara el atrás recordado dieciochesco experto en granjerías fray Toribio—, destacados por su arcaísmo, aunque brevemente, por Guillermo Schultz en la *Descripción geológica de la provincia de Asturias*, aparecida en 1858, como base de cultivos itinerantes en los que denominara suelos silurianos del occidente regional. Todavía con mayor detalle pudo hacerlo J. L. Martín Galindo en 1954, describiendo su práctica en los altos laderones de la cuenca del Narcea, cortados brezos y tojos durante la primavera para, desecados por el calor estival más la adición otoñal de arbustos, quemar el conjunto, esparciendo después las cenizas sobre el área a labrar.

Lógicamente, tiene que provenir de muy atrás la atávica norma que sabemos presente en las fuentes literarias más antiguas, los documentos del alto medioevo que en la enumeración de las distintas calidades de las propiedades agrarias aluden a las *terras cum sua roza*.

En fin, aún ignotos los vestigios y el multiforme contenido informativo material de las “habitaciones ligeras” que cabe atribuirles a los causantes originales de nuestra dependencia agropecuaria, únicamente una arqueología de decidida acción transdisciplinar podrá ir sacando a la luz por muy diversos cauces un universo tan aparentemente lejano. Los humanos, desde entonces permanentes consumidores de cereales, leguminosas

y carne de animales domésticos, atentos al viaje a las estrellas mientras espíamos galaxias que se nos ofrecen como apenas algo más que abstracciones matemáticas, descubrimos, vuelto el visor hacia nuestra propia metamorfosis cultural, el misterio que aún envuelve a tantos acontecimientos y conductas que fueron haciéndonos como somos.

DISCURSO DE CONTESTACIÓN POR EL ILMO. SR. D. JUAN IGNACIO RUIZ DE LA PEÑA SOLAR

Sras. y Sres. miembros del Real Instituto de Estudios Asturianos,
Sras. y Sres.

Mis primeras palabras en este acto quiero que sean de emocionado recuerdo para Juan Fernández Tresguerres, que colaboró generosa y eficazmente en las actividades de nuestro Instituto hasta su fallecimiento, del que pronto se cumplirán dos años. Estoy seguro de que si, en su día, Miguel Ángel de Blas Cortina aceptó la invitación que le hicimos a incorporarse plenamente a las tareas de nuestra corporación —de la que era ya activo miembro correspondiente— fue para cumplir el compromiso moral de continuar la labor emprendida por el Dr. Fernández Tresguerres, a quién le unía una sólida amistad y con quién compartió largo tiempo tareas docentes e investigadoras en el común territorio de los estudios de Prehistoria. Fruto de esa colaboración han sido, entre otros, una obra fundamental para el conocimiento de los albores de nuestra historia regional, que con el título *Historia primitiva de Asturias. De los cazadores-recolectores a los primeros metalúrgicos*, ve la luz en 1989; y los anuales ciclos de conferencias —plasmados en espléndidas publicaciones— sobre *Prehistoria y Arqueología de Asturias*, que Fernández Tresguerres inició y coordinó eficazmente en sus primeras ediciones y de las que tomaría el testigo quien hoy acaba de leer el protocolario discurso de ingreso como miembro de número de nuestra institución. Esas jornadas, coordinadas en sus últimas convocatorias por el Dr. De Blas Cortina, son sin duda una de las actividades estables de este Instituto que viene gozando de mayor atractivo para el numeroso público que, año tras año, llena durante su celebración este salón de actos.

* * *

Nuestro nuevo compañero llega avalado por una dilatada trayectoria académica en la Universidad de Oviedo, que se inicia al concluir sus estudios de Licenciatura, en 1972, con un primer nombramiento de profesor

ayudante en octubre de ese mismo año, y continuará ininterrumpidamente hasta hoy, recorriendo el largo y tortuoso camino del escalafón del profesorado universitario hasta acceder a la Cátedra de Prehistoria en 2004, plaza que obtiene —podría decir con razón, parafraseando a un viejo colega— “por oposición y con oposición”, ya que no fue precisamente un camino de rosas el que le llevaría a esa meta.

La benéfica influencia del profesor José Manuel González, miembro destacado que fue de este Instituto y profesor de Miguel Ángel en los cursos de licenciatura, será determinante —y él nos lo acaba de recordar— en su temprana orientación vocacional hacia el estudio de la Prehistoria asturiana, al que el recordado José Manuel tan valiosas y pioneras aportaciones brindó, al lado de las dedicadas a la toponimia, etnografía y romanización de Asturias.

Muy pronto Miguel Ángel de Blas, en el mismo año de su licenciatura, comienza a ofrecer los primeros frutos de lo que será ya una ininterrumpida actividad investigadora en las principales revistas científicas regionales y publicaciones especializadas de ámbito nacional.

Entre esas aportaciones pioneras se cuentan varias que verían la luz precisamente en las páginas del Boletín de este Instituto, como la que dedica a “Las hachas planas de Figares y Santianes” (1973), o las que firma en sendas entregas del Boletín de ese mismo año y del siguiente, en colaboración con J.L. Maya, sobre “El molino del castro de La Piconá” y las “Hachas pulimentadas en castros asturianos”.

En 1976 obtiene el título de Doctor en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Oviedo con una tesis merecedora del premio Extraordinario de Doctorado y que será la base del libro publicado algunos años después (1983) con el título *La prehistoria reciente en Asturias*, expresión que resume las orientaciones preferentes que marcarán en el futuro la actividad investigadora del Dr. De Blas: megalitismo, paleometalurgia, minería prehistórica y arte rupestre postpaleolítico, constituirán sus líneas de trabajo principales, a las que hay que sumar en un segundo nivel las cuestiones relativas al mesolítico-neolitización en el ámbito asturcántabro y a la aparición de los poblados fortificados integrables en la denominada “cultura castreña”. De la fecundidad de la labor desarrollada por nuestro nuevo compañero en esos ámbitos temáticos de estudio, materializada en varios libros y la nutrida serie de capítulos de libro, artículos de revista, ponencias congresuales y otras aportaciones de diversa naturaleza que integran su extensa nómina de publicaciones, es buena prueba el reconocimiento a su autor de seis sexenios de investigación, número máximo que contempla la evaluación periódica de la producción científica del profesorado universitario.

Con una frecuente comparecencia en publicaciones y congresos de ámbito nacional e internacional, la particular naturaleza de las investigaciones prehistóricas, asociadas siempre a un intenso trabajo de campo, han hecho de Miguel Ángel de Blas un excelente conocedor de la tierra asturiana, de su paisaje y de su paisanaje, desde la divisoria astur-galaica del Eo a la del Deva, límite con las castellanas Asturias de Santillana, y de la costa a la formidable frontera natural de las cumbres astur-leonesas. En su densa bibliografía queda cumplida constancia de esa presencia en todos los ámbitos de la plural geografía astur: los conjuntos tumulares del espacio occidental, la sierra del Aramo, el alto Aller con el singular monolito del “moyón de la corralá”, el grandalés Chao San Martín, el Monte Areo, en las clarinianas tierras de Carreño, el dolmen de la capilla de Santa Cruz de Cangas con su decoración parietal, etc., etc.

Con frecuencia las incursiones investigadoras de nuestro compañero franquean por el E. y el O. los confines fluviales de la región y se proyectan hacia las tierras de la cornisa cantábrica, que en tantos aspectos forman una unidad cultural con Asturias. O rebasan por el S. la línea de cumbres para penetrar en la Meseta y descubrirnos los secretos del utillaje faunístico de las labores de cobre prehistóricas de la Profunda, en León, de una alabarda metálica del madrileño valle del Manzanares o de la estela del Bronce final precolonial de Orellana, en Badajoz.

* * *

El conocimiento de lo propio, de lo que tenemos y amamos como nuestro, no puede ser excluyente. Se enriquece siempre en el contraste con el conocimiento de lo exterior. Los hombres de ciencia han sido siempre, también, observadores atentos de unos entornos dilatados en los que se contextualiza y se explica mejor, situándolos en unas coordenadas generales, los rasgos particulares del pequeño mundo propio, local o regional. Por otra parte, la especialización, exigencia ineludible del progreso científico, no debe impedirnos extender nuestra mirada indagadora más allá de los límites estrictos de la pequeña parcela de nuestros estudios de especialistas en una rama del frondoso árbol de la ciencia. Porque “la manía de la especialización —dirá en cierta ocasión el gran Julio Caro Baroja— ha llegado a tal grado que hay gentes que no saben nada importante, incluso de su especialidad”.

Una cierta versatilidad, sin caer en el frívolo diletantismo, la curiosidad intelectual, la sensibilidad por las manifestaciones del paisaje, la disposición a extender la esfera de intereses propios a todos los campos de la creación cultural y, en suma, la apertura al mundo exterior, son los rasgos que mejor

definen al hombre culto y, desde luego, al historiador de oficio; y esos rasgos son precisamente los que perfilan la personalidad de Miguel Ángel de Blas quien con la misma precisión y amenidad con que nos trasmite sus vastos conocimientos de la metalurgia prehistórica del cobre en las montañas astur-leonesas o el significado del misterioso “ídolo de Peña Tú”, podrá relatar nos sus visitas a las fortificaciones bélicas de las playas de Normandía, hacer el documentado recuento de los asturianos muertos en Mauthausen, tararear una melodía de los Beatles o recrearse en la contemplación de los profundos valles somedanos desde las jugosas praderías del puerto de San Lorenzo, mientras espera, cantimplora en mano, la llegada de los esforzados de la ruta en una etapa de alta montaña de la Vuelta ciclista a España.

* * *

La Prehistoria no es ya esa “historia de los hombres sin historia”, como afirmaba Hugo Obermaier —buen conocedor de Asturias, con la guía del Conde de la Vega del Sella— en una época no muy lejana en la que todavía se asociaba el nacimiento de la historia al del testimonio escrito. Porque si la historia es el contenido humano del tiempo la presencia humana puede manifestarse y podemos conocerla a través de informaciones no necesariamente escritas, desde las que proporcionan los más antiguos y humildes instrumentos líticos hasta las que brindan las ya mucho más complejas creaciones de las culturas agropecuarias y mineras de las últimas etapas prehistóricas.

En el hermoso Discurso que acabamos de escuchar Miguel Ángel de Blas Cortina nos conduce con mano maestra por las sendas aurales de lo que —parafraseando al gran medievalista Huizinga— podríamos calificar de “Otoño de la Prehistoria asturiana”, que vale tanto como decir “primavera de la historia regional”. Es una época de la que es excelente conocedor, por la que ha transitado con más frecuencia y a la que ha dedicado investigaciones de base fundamentales: sobre los conjuntos dolménicos de la Cobertoria, Monte Areo o Sariego, las explotaciones mineras del Aramo o de Onís, el apasionante mundo de la cultura castreña, que prolonga su vida hasta los albores de la romanización de Asturias, y un largo etcétera de cuestiones sugeridas por lo que él mismo denominaba en uno de sus primeros libros —como apuntábamos antes— *la Prehistoria reciente de Asturias*.

Todas esas investigaciones de base constituyen el nutriente del brillante, ameno y difícil ejercicio de síntesis que se ofrece en la lección verdaderamente magistral con la que el Dr. De Blas nos aproxima a los orígenes de la vida agropecuaria en nuestra región, que sitúa a lo largo de los tercios medio y último del V milenio a.C.

Será a partir de entonces y con cierto retraso respecto a los demás territorios de la cornisa cantábrica y del ámbito peninsular, cuando asistamos en Asturias a la aparición de nuevas formas de obtención de alimentos, junto a las tradicionales y multimilenarias del carroñeo, la recolección vegetal, la caza y la pesca. Ese cambio, trascendental, se sitúa en la base de la apertura del primer ciclo de la vida campesina, el del nacimiento de la agricultura y de la ganadería, que lleva aparejado el de toda una serie de innovaciones técnicas al servicio de las nuevas formas de explotación de los recursos naturales, e incluso de creaciones monumentales que pueden ser reveladoras de nuevas preocupaciones espirituales.

Todas esas innovaciones actúan sobre un escenario en el que la naturaleza se transforma por la acción humana para convertirse en paisaje, entendido así como una verdadera conquista cultural.

Para concluir y como destaca oportunamente el Dr. De Blas, “la implantación ganadera unida al laboreo de la tierra fue un factor esencial en la paulatina creación del paisaje de prados y pastizales que entendemos tan nuestros” y del que, en definitiva, somos lejanos pero directos herederos.

He aquí formulado uno de los dos grandes compromisos que tenemos esos herederos, la sociedad que humaniza hoy el hermoso escenario asturiano: la defensa del patrimonio natural; el otro, indisociable de éste, será la defensa de las creaciones culturales, lo que podríamos llamar patrimonio monumental —empleando la expresión en su más amplio sentido—, que se ha ido construyendo a partir de aquel momento lejano en el que, hace varios milenios, la acción humana dejó los primeros testimonios del triunfo de la vida campesina en materiales incorruptibles.

* * *

Hace ya muchos años —fue en 1987— cumplía yo en esta misma casa el honroso encargo de contestar el *Discurso* de ingreso de nuestra compañera Inmaculada Quintanal, primera mujer que accedía a la condición de miembro de número del Instituto de Estudios Asturianos. Y en aquella ocasión reproducía unas palabras de Leopoldo Alas, escritas con motivo del ingreso de Menéndez y Pelayo en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, allá por los años finales del siglo XIX, que me parece oportuno volver a recordar ahora:

“El académico ordinario —decía nuestro Clarín— es el que ni merece serlo antes de entrar en la Corporación ni después de entrar; el que no tiene títulos para tanto honor, ni, una vez conseguido el

honor, trabaja para redimir el pecado original. Tampoco suele faltar el académico laborioso, oscuramente útil, que entró sin méritos y después, por su actividad, conquista la justicia del título; y por último abundan los académicos ilustres que no llevan a tales centros más que el brillo de su fama; estos son los que dan esplendor pero no limpian”.

Es claro que nuestro nuevo compañero no sólo llega avalado por un sólido prestigio en la comunidad científica que forman los prehistoriadores de oficio sino que lo hace, además, con el compromiso firme —plasmado ya en realizaciones recientes y proyectos inmediatos de contrastado interés— de trabajar en esta casa con la eficacia y la seriedad que han marcado toda su larga y ejemplar trayectoria universitaria.

Por eso no solamente le doy la enhorabuena más cordial en nombre de la corporación que me he honrado en dirigir durante estos últimos cinco años, sino que, en ese mismo nombre, creo que debemos felicitarnos quienes la formamos por el enriquecimiento que supone para el Real Instituto de Estudios Asturianos la plena incorporación a sus tareas del prof. Miguel Ángel de Blas Cortina.